

Y en blando movimiento  
Como se va en los aires elevando,  
Suavísimo concento  
Del cielo fué bajando,  
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes  
Se ciernen por millares de millares  
Los fulgidos querubes,  
Y las tierras y mares  
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido  
Del mar ; callan los vientos bramadores,  
Y el céfiro dormido  
Se oculta entre las flores,  
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre, ni bruto, ni ave  
Hubo alguno que osado interrumpiera  
Aquel silencio grave,  
Y hasta en la azul esfera  
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa  
La creación asiste conmovida  
Á la Ascensión gloriosa;  
Y un instante la vida  
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre  
Sigue del Redentor el blando vuelo  
La santa muchedumbre,  
Con amoroso anhelo;  
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla  
El suave fulgor de su semblante,  
Cuando una nubecilla

Se puso por delante  
Entre ellos y el divino caminante.

¡Oh venturosa nube,  
Trono en el cual á su feliz morada  
El Rey del cielo sube!  
¡Oh tierra malhadada,  
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo,  
De hoy más, sino tinieblas y amargura  
É interminable duelo,  
Si pierde, ¡oh desventura!  
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿Á dó volver los ojos  
De amarguísimo llanto escandecidos,  
Que no encuentren enojos,  
Si están obscurecidos,  
De la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores  
De aquel inmenso amor abandonados;  
Ni cómo los furores  
Burlar de crudos hados  
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no ; que el Sér divino  
En prenda nos dejó de eterna alianza  
Un faro diamantino  
Que alumbra en lontananza  
La límpida región de la esperanza.

La Fe, imperecedera,  
Claro destello de la eterna lumbre,  
Que en la mortal carrera  
De nuestra servidumbre  
Aminora la horrible pesadumbre:

Puerto de grata calma  
En medio á las borrascas de la vida;  
Suma virtud del alma  
Jamás enflaquecida  
Aun del bátratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta,  
Del supremo Señor de lo creado;  
Tan pura y tan perfecta,  
Que el arcángel malvado  
Aun la guarda en el reino del pecado.

---

D. DOMINGO DEL MONTE